

situada frente á frente de la posada, estaba coronada de un bosquecillo de espinos y algunos encinos enanos, que inclinaban su copa sobre el camino.

La tarde se iba enturbiando; aun cuando quedaba en el horizonte todavía una faja rojiza, como de fuego.

Cuando la calesa salió de entre las sombras, Julian lanzó un gran suspiro, y se irguió involuntariamente; Celeste se puso muy pálida. Al pie de la reja del jardín, hacia afuera, las gentes de la posada decían:

—Vienen de Palermo, y van á Nápoles.

—El rey quiere casarlos á los dos el mismo día.

—El rey ha dividido entre ellos, por partes iguales, los dominios de Mario Monteleone.

Julian y Celeste cambiaron entre sí una muda mirada.

Las gentes de la posada seguían diciendo:

—Doria, el de Roma, les da todos sus palacios y todos sus castillos... No tenían, pues, bastante con todos los casillos y palacios que poseían en Nápoles, en Palermo, en el Abruzzo, en las Calabrias, en Sicilia, en todas partes!

Algunos sombreros volaron al viento.

Evviva il conte Doria! Evviva la contessina!

Loredano se sonrió y saludó.

Un profundo suspiro conmovió el pecho de Celeste.

Angélica agitó su blanca mano, é inclinó perezosamente su cabeza.

Julian apoyó sus dos manos contra su corazón; sus ojos se agrandaron á pesar suyo, y su cuerpo se enderezó de pronto orgullosamente como si hubiera sido otro hombre.

Al ver el fuego que repentinamente se encendió en su pupila, no hubiérais reconocido al pálido seminarista de antes!

En otro tiempo, antes de las ruinas de la revolución, los nobles...

Después de haber, Monteleone; después de Monteleone, Doria.

Pero mientras que era gran raza de los Monteleone era y moría;

los Doria crecían mas y mas; crecían con tanta mayor razón, cuanto que la herencia de Monteleone; les tocaba por derecho de parentesco.

Ya no había Monteleone; y ahora podéis decir: "Después de Doria, Doria."

La calesa descendía lentamente la pendiente suave del camino.

Por un instante desapareció casi entre la sombra formada por una rama del árbol del terreno, que el camino corría á pie, y cuya céntrica

VIII.

CONDE Y CONDESA.

LOREDANO Doria era uno de esos admirables tipos de la belleza romana que han inspirado evidentemente la escuela de Italia. Hay en el conjunto de esas líneas una serenidad tan elevada, que se piensa involuntariamente en Dios hecho hombre. La belleza de Italia, es la belleza dulce, magestuosa, casi divina.

Loredano, conde Doria, podía tener de veintiocho á treinta años. Los eadejos rizados de su maravillosa cabellera negra, se separaban en dos, sobre su frente blanca y pura. Sus ojos, profundos y limpidos á la vez, sombreados por una larga pestaña, rasgados, pero marchitos ya por el placer, producían en el alma, cuando se sonreía, esa sensación de bienestar y armonía, que hace nacer una hermosa voz varonilmente vibrante, ó el sonido lejano del órgano.

Es sumamente difícil y aventurado pintar esa mezcla heroica de nobleza y de fuerza, que es la seducción misma.

Nuestros hombres del Norte podrán tener ambas cualidades, pero nunca en tan armoniosa proporción.

Pero figuraos que bajo el sol de los trópicos, árboles gigantes, cuya copa se pierde entre las nubes, robustos como nuestros encinos, cuelgan á mas de cien piés sobre la tierra, guirnaldas de flores, mas blancas que nuestros lirios, mas rosadas que nuestras rosas, mas azules que el záfiro.....

Lo que sí ni aun debe intentarse describir, es la gracia exquisita, el

delicioso encanto de la jóven que estaba sentada junto á Loredano sobre los cojines de la carroza.

Tenia diez ó doce años menos que su hermano.

Era uno de esos rostros risueños; y sin embargo de ello, meditabundos. Parecía que tenia escrito en la frente, con rayos de luz, ese divino nombre de Angélica, que hace pensar en los poemas del cielo.

Sus facciones repetian mas delicadamente, pero con una suave é infinita correccion, el dibujo altivo de las de Loredano.

Era alta, como él lo era. Su talle tenia ese casto y voluptuoso abandono de la vírgen criolla. Sus cabellos castaños, finos, sedosos, brillantes, caian en masas opulentas á lo largo de sus mejillas, un poco pálidas con la fatiga del viaje.

Sus ojos, circundados por larguísimas pestañas rizadas y negras como el azabache, tenian ese matiz oscuro y franco, como la bóveda del firmamento en las noches de estío sin luna; ese matiz que absorbe mas profundamente los rayos de luz que el castaño mismo, para devolverlos en una multitud de chispas, á la menor caricia de la sonrisa.

Su nariz conservaba la línea griega de los antiguos genoveses; su boca, un coral cincelado, dejaba ver, cuando hablaba, una hilera de perlas delicadas hasta lo admirable; y cada una de las cuales parecia una tecla de ese piano melodioso, que era su voz.

No era por cierto una madona; habia para ello mucha viveza, en medio de su candor, cierta ingenua y cándida malignidad en su soberana belleza; era el ángel de los rubios y caros amores, la mujer niña, ese sér precioso que desearia uno abrigar dia y noche bajo el ala, para preservarlo del brutal contacto de las cosas de acá abajo.

Era tambien la hija de la época actual, la gran señora en botón, la muestra perfecta y escogida de lo mas elegante y refinado de la sociedad.

Era preciso cerrar los ojos, y no ver á esa dichosa encantadora.

Porque, una vez que se la habia visto, el corazon herido guardaba para siempre su deliciosa imágen!

Julian, ese pobre niño, solitario y vírgen de toda impresion violenta, la miraba, con la boca abierta. Esperimentaba esa sensacion embriagadora del hombre que se inicia en alguna esfera desconocida; su pecho se ensanchaba bajo su humilde sotana. Le latian las sienas; sentia vértigos, estaba deslumbrado.

Mientras que la calesa franqueaba al paso, la entrada del patio, Angélica levantó por casualidad su mirada hácia la reja del jardín.

Julian esperimentó tal transporte, que llegó á no sentir ni aun su corazon. Se puso las dos manos frente á su rostro para ocultarse. Tuvo miedo y vergüenza; y se agarró de la reja para no caer hácia atrás.

Ella habló. Un nombre propio fué el que cayó de sus lábios perzozos.

Un nombre propio, que puso á Julian celoso hasta la agonía!

Un nombre que debia permanecer grabado en su memoria, aun cuando su vida durase un siglo.

Angélica habia dicho:

—“El príncipe Coriolani”.....

No es nada un nombre, y es todo sin embargo.

Hay nombres que son una novela ó un cuadro; nombres que exhalan un perfume, ó que suenan como la nota vibrante y llena de una trompa.

Hay nombres bajo los cuales no puede uno figurarse ni vejez, ni fealdad.

Se equivoca uno á veces; pero el asombro que se experimenta, el desencanto que os hiere, son todavía un homenaje á la virtual sinceridad de la impresion primera.

Rencor, si habia deseo; alegría si habia temores,—hay sorpresa, como en el instante en que esa sílfide vista por detrás y á la cual la imaginacion prestaba tan seductoras gracias, se vuelve y os enseña un rostro de cincuenta años.

Julian vió á ese príncipe Coriolani en su mente, con la cabeza altiva, con la mirada brillante y audaz; bello como un héroe, ó como un bandido.

Estas dos cosas no difieren tanto como podria creerse, en las imagines italianas.

Un héroe! Angélica se habia sonreido al pronunciar ese nombre tan armonioso en su boca.

Un bandido! Julian habia apretado los puños, y pensado, por la primera vez, que á su edad otros jóvenes tenian una arma al lado.

Detestaba á ese Coriolani. Hubiera dado diez años de su vida, nada mas que por verlo!....

Celeste no habia hecho como su hermano. A la primera mirada dirigida sobre el conde Loredano, sus ojos se habian como deslumbrado.

Pero lo veia aún. Lo veia mejor á través de sus párpados caidos.

La emocion que esperimentaba le causaba un verdadero espanto; y á pesar de ello, no la hubiera vendido á precio de todo el oro del mundo.

Estuvieron así largo tiempo ambos hermanos, inmóviles y mudos.

Celeste pensaba:

—Este no puede ser el hijo de un traidor!.....

Y Julian se decia á sí propio:

—Si Manuel hubiera acusado á Giacomo Doria, no hubiera yo creido á Manuel!

Pero su emocion no tenia su origen principal en ese hecho fortuito

la parte indirecta que el padre de aquel hermoso joven y de aquella linda muchacha habia tenido en la historia recientemente contada.

El conde y su hermana habian entrado en la posada hacia ya muchos minutos. Se oia el ruido de las idas y venidas de los criados afa- nosos.

Al fin, Julian levantó sus ojos hácia Celeste:

—Qué tienes? la dijo en voz baja.

Ella se estremeció, como si la hubieran sorprendido en una falta.

—Lo que tengo? repitió maquinalmente.

—Sí, dijo Julian, que la consideraba con una atencion llena de asom- bro; estás cambiada..... estás mucho mas bella!.....

Y era la verdad. El momento en que una alma recibe la chispa que ha de animarla, está lleno de bellezas nuevas y sublimes que se reflejan en el rostro de quien nace así á la verdadera vida.

Pero eso era verdad sobre todo para Julian, cuyo ojo se encendia por la primera vez, y cuyo talle erguido, adquiria á su pesar actitudes varo- niles.

Así, pues, Celeste, que lo contemplaba como si no lo hubiera visto ja- mas, dejó escapar estas palabras:

—Tú eres quien está muy bello, Julian..... pero ese vestido no te sienta!.....

Julian pensaba justamente en las gracias nuevas que un tocado me- nos severo derramaria sobre la linda frente de su hermana.

Hubo aún un momento de silencio.

Ambos miraban apearse del segundo coche á los criados y demas acompañamiento.

De las cuevas al granero, todo estaba revuelto y en movimiento.

—Qué tal, Celeste, dijo Julian, has obtenido lo que deseabas?

—Es cierto! respondió la joven.

—A través de tanta belleza, de tanta opulencia y tanta nobleza, has entrevisto el mundo, Celeste?

El pecho de la hermosa puritana se hinchó, y se estremecieron sus párpados.

—Sí, dijo ella; he entrevisto el mundo..... y tú?

—Yo? no sé, hermana mia!..... Hay pérfidas tentaciones!..... He adivinado el paraiso sobre la tierra!

—El paraiso, no es verdad? exclamó Celeste con calor, seria ser el?.....

Julian no respondió:

Tal vez no habia comprendido bien el sentido de esas palabras.

—Te figurabas tú, hermana mia, replicó sin embargo, que pudiera existir un sér tan perfectamente bello?

—Jamás lo hubiera creído, hermano.

—Esa mirada..... esa elegancia..... esa sonrisa, cuyo encanto ninguna palabra puede espresar.....

—Y ese indolente orgullo.... y esa aureola de poesía!.... esa fren- te pensativa y blanca, como la de una estátua, bajo esa cabellera de se- da, mas negra que el ébano.....

Julian clavó sobre su hermana una mirada maliciosa.

—Hablas del conde Loredano Doria? le preguntó él.

—Pues de quién habia de hablar? dijo candorosamente Celeste.

—Me habias dicho..... baluceó Julian; debes acordarte bien de esto, hermanita..... Me habias dicho: "Si de pronto se nos presen- tara ante los ojos un joven y una señorita..... un hermano y una hermana..... de esos á quienes Dios ha colmado de todas las ale- grías terrestres..... de esos que brillan en el mundo y que reasumen en sí todas las felicidades humanas.... adivinaria el mundo nada mas que con mirar á la hermana"....

—Es cierto, tambien; pronunció en voz baja Celeste; pero tú miraste no mas al hermano?

—Ay!.... respondió sencillamente Julian; de nosotros dos, tú sola- mente eres el filósofo, hermanita.... Yo, ni siquiera ví al hermano....

—Pues yo no ví mas que á él.... suspiró la muchacha, roja como una cereza.

Se interrumpió, cogiendo bruscamente la mano de su hermano, que puso sobre su corazon:

—Siente estol le dijo.

Su corazon queria salirse del pecho.

—Palpita como el mio! exclamó Julian tristemente.

—Y sabes tú lo que dice mi corazon? replicó la muchacha: Riquezas, nobleza..... esplendor!

—Ah! suspiró Julian; no es eso lo que dice el mio!

—Qué dice, pues?

Julian tenia las dos manos sobre su pecho.

Bajó la voz, y respondió:

—Amor!.....

Celeste se echó en sus brazos, y lo abrazó. Ambos lloraron, como unos pobres y sencillos niños que eran.

Notad que otros menos inocentes, hubieran espresado de diverso modo su pensamiento. La inocencia dice siempre las cosas por su propio nombre.

—Hermano querido, murmuró Celeste sollozando; riqueza, opulencia, nobleza..... esa es la diferencia que hay entre ellos y nosotros!

Julian la estrechó contra su corazon.

Después de ellos, al pie de la reja, se dejó oír un ruido ligero: ambos volvieron la cara azorados.

Manuel estaba en pie, á pocos pasos de la mesa en donde acababan de comer. Traía en las manos una pala y un pico.

—Riqueza, nobleza, esplendor! murmuró, porque no había oído más que esas palabras. Pobres niños! Quién os ha enseñado á tener celos de eso?

Celeste y Julian permanecían inmóviles y con los ojos bajos.

Manuel, de ordinario tan tranquilo y tan amable, parecía presa de una agitación extraordinaria. Su rostro revelaba una especie de exaltación febril.

—Después de Borbon, Monteleone; después de Monteleone, Doria! pronunció entre sus dientes apretados. Esas gentes vienen en tercera línea!

Se acercó, y depositó un beso sobre la frente de Celeste.

—Sí! sí! dijo como se habla en voz alta cuando se sueña; grandeza, riqueza, nobleza!..... el pájaro al cual no han cortado las alas, vuela un día, y va á buscar el azul del cielo..... No se necesita más que un instante, una casualidad, para que Aquiles rasgue con desden su túnica de muger..... Los tiempos no han llegado tal vez! Esos que viajan con tanto aparato son muy nobles, y muy ricos..... Los hay tan nobles como ellos..... Puede haberlos tan ricos.....

Su segundo beso fué para Julian.

—Tú harías un hermoso conde! prosiguió! Mirame bien, Celeste.... He visto muchas princesas.... tú tienes los ojos de una reina.... Dios quiera concedernos su ayuda, niños!..... los troncos viejos reflorescen á cada primavera..... He encontrado á algunos Doria, que pedían un pan por los caminos públicos..... Se sube muchas veces sobre un trono, de vuelta del destierro..... He contemplado largo tiempo, en Ferrara, el cuadro maravilloso que representa la rueda de la Fortuna.... Los que son nobles, se acuestan á ocasiones pobres y despiertan grandes..... Dormid, niños, dormid! la Providencia vela!.....

Su mano se extendió sobre ellos, con cierto ademán de bendición.

Su rostro había adquirido una expresión solemne, casi inspirada.

Se alejó lentamente, y bajó las gradas del jardín al campo, sin volver la cabeza.

Celeste y Julian tenían la frente inclinada. Lejos de exaltar su valor, las palabras del anciano los hacían volver en sí mismos.

No era la primera vez que les dirigía estos discursos extraños.

Había sufrido mucho; los sufrimientos debilitan el espíritu.

A veces, el hermano y la hermana habían mirado con espanto aquella

frente despoblada de cabellos, aquellos ojos tan pronto brillantes, como apagados ó sombríos.

No se hubieran atrevido jamás á decirselo; pero ambos tenían el mismo pensamiento: la razón del pobre Manuel vacilaba en ciertas horas, y tomaba quien sabe qué ensueños por recuerdos.....

El ruido y el movimiento iban aumentándose en la posada del Corpo-Santo. Pietro había sacudido su cara perezosa, y se multiplicaba. Tratabase nada menos que de preparar la comida de sus escelencias.

De sus altezas, si os gusta más: en Italia los títulos no cuestan nada. Por poco que sus altezas hubieran manifestado el deseo, les hubieran dado el título de magestades.

Es siempre el país de esos emperadores á quien se hacían dioses en vida.... y se les asesinaba el mejor día, para hacerlos gozar más pronto de la inmortalidad.

Sus escelencias estaban muy cansados. Se tenía la legítima esperanza de que sus escelencias durmiesen en la posada, en vez de caminar hasta la ciudad de Monteleone.

Oh! y qué grande honra para la posada!

El conde Loredano y la condesa Angélica, no eran del todo extranjeros en el país. Aun cuando Nápoles fuese su residencia habitual, y Doria, el de Roma, les hubiese dejado inmensos dominios en la provincia de Palermo, en Sicilia, podía también ponerse á la cabeza de los señores que tenían grandes tierras en la Calabria ulterior segunda.

Solo los Monteleone habían poseído más tierras y más castillos en tiempo de su esplendor!

Pero ya no había Monteleone; y nadie en lo sucesivo, entre Cosenza y Reggio, podía disputar á los Doria, que habían heredado á los Monteleone mismos!

Podría decirse por lo demás con toda verdad, que el conde y la condesita, que habían perdido á su padre hacía muy poco, no sabían exactamente el número de sus posesiones.

Eso era cuenta del señor intendente general, que se daba un tono más que de príncipe.

Los intendentes particulares de las Calabrias, de la Sicilia y de Roma, eran por lo mismo hombres de mucha importancia.

Faltaba mucho para que la posada del Corpo-Santo fuera un palacio. Era sin embargo una casa, toda de piedra, muy bien construida, y con hermosas azoteas llenas de flores y arbustos, como casi todas las habitaciones de la Italia meridional.

Una de estas azoteas dominaba el patio, y dando vuelta al ángulo

Sudoeste del edificio principal, tenía vista hácia la mar por entre una sinuosidad del terreno.

Ahí fué donde Loredano y Angélica se instalaron para comer cómoda y agradablemente.

Estaban ambos de bellissimo humor, y decididos á recibirlo bien todo en aquel paradero.

Todos los que habian tenido la dicha de contemplar á sus esclencias, decian que la contessina se habia reido ya una docena de veces como una loca, y que el conde Loredano se habia puesto á cantar una arietta de Sacchini, al encender un cigarro.

Ciertamente era imposible ver dos altezas mas alegres.

Los criados, por el contrario, eran muy soberbios; y la altivez de los camaristas no tenia límites.

Esa es, despues de todo, la regla.

IX.

UN NUDO DEL DRAMA.

EL conde y la condesa llegaron á la azotea preferida, riéndose y platicando muy alegres. El agua fresca habia bañado las sienas de Angélica, quien dejó en el fondo del *calesso* su soñolienta languidez.

Estaba despierta, viva; era feliz! Presentaba con gusto su frente alviento perfumado de la noche.

Era bella como la dicha de la juventud.

Por respeto á sus esclencias, el patio fué evacuado; y el ruido y el tumulto se concentraron dentro de la casa.

Angélica y su hermano estaban realmente solos, si hacemos abstraccion de Celeste y de Julian, olvidados junto al enrejado del jardin.

Ni quién hubiera pensado en esos dos pobres niños, en un momento tan solemne?

El enrejado no hubiera sido bastante espeso para ocultarlos, si ese montecillo de que hemos hablado, coronado por un bosque pequeño, no hubiera proyectado delante de sí una sombra ya profunda, mientras que la azotea, blanca, elevada y al descubierto, estaba aún vivamente iluminada por los últimos resplandores del crepúsculo.

No se veian ya lacayos armados, ni gendarmes; pero se les oia aún, pues estaban sentados frente á una mesa en la sala baja de la posada.

Los lacayos habian dejado sus pistolas y sus cinturones frente á la puerta de la caballeriza, en donde los palafreneros tenian cuidado de sus caballos. Las carabinas de los gendarmes estaban apoyadas sobre el pretil de la reja hácia afuera, detras de la mesa junto á la cual estaban aún sentados Celeste y su hermano.

Ambos habian colocado sus sillas contra el enrejado, sobre el cual se extendian algunas anchas hojas de parra, pendientes de los viejos y retorcidos troncos, como en esas guirnaldas caprichosas, pero sóbrias de todo adorno, que circulaban en torno del cuello de los vasos antiguos.

Celeste y Julian, estaban silenciosos. Uno y otra eran todo ojos.

Loredano y Angélica hablaban; pero no se les oia.

A veces la sonrisa de Angélica se reflejaba sobre los lábios pálidos de Julian, como en un espejo.

Otras veces, esa misma sonrisa tendia sobre la frente del jóven una nube de tristeza.

Cuando la mirada distraida de Loredano pasaba por encima de la reja, Celeste contenia el aliento.

Hubiérais dicho al ver aquellos dos niños, que eran dos espías pagados para vigilar, con el oido y la vista alertas.

De qué hablaban ese conde y esa condesa?

De sus placeres ruidosos y brillantes? de los bailes, de los festines?

O tal vez de aquellos á quienes amaban? . . .

Cuán bellas debian ser sus fiestas! cuánta adoracion debia reinar en torno de ellos! . . .

No hacia un momento aún, habian dicho: El rey quiere casarla! . . .

Coriolani! el príncipe Coriolani! Ese era sin duda el que debia casarse con Angélica!

Así pensaba Julian.

Ningun nombre de muger se habia desprendido de los lábios de Loredano; pero tenia necesidad Celeste de un nombre de muger para estar triste?

No adivinaba ella una guirnalda de huríes en torno de ese sultán? Cómo espresaremos esto? habia algo de cierto en la famosa teoría de nuestra preciosa Celeste; pero no por esto podia darse el nombre de amor á la turbacion, aunque vehemente, que hacia latir su corazon.

Loredano era el pretesto de esa turbacion, cuya causa estaba en Celeste misma.

Debia ella, tal vez, amar á Loredano. Pero en aquel momento el príncipe no era aún mas que la piedra que permite al acero lanzar chispas.

Detrás de Loredano, estaba el mundo.

Celeste no se habia engañado mas que en un punto: habia visto al mundo en un espejo mágico, que era el hermano, debiendo ser la hermana.

El error no consistia mas que en el sexo.

Para Julian, las cosas habian pasado de muy diverso modo. Julian habia sido herido como por un rayo.

Amaba!

Es fácil observar esta diferencia en el hombre y la muger. El hombre, mas sencillo, ama desde el primer momento. La pasion nace en él de un solo golpe, y tiende mas bien á decrecer despues del resplandor que deslumbra á la primera vista.

En la muger, en las jóvenes sobre todo, la impresion producida se complica inmediatamente con un movimiento egoista. Esta palabra, en el lenguaje comun, implica una censura; aquí no.

Espresa únicamente la accion del yo; llámese esta accion prudencia ó pudor.

La razon de esta diferencia es providencial. Dios ha querido que la muger se defendiese.

Es preciso la edad ó la degeneracion para gastar este instinto.

La muger á quien la primera impresion arrastra sin remedio ni rodeos, se hace hombre.

Julian amaba.

Celeste iba á amar.

Julian sufría ya con el corazon. No veía mas que al ídolo.

Celeste, conmovida casi tan profundamente como él, veía el paraíso en donde irradiaba su dios.

Paraíso, ay Dios! cerrado con barreras invencibles!

Y mientras que el pobre Julian adivinaba sin cesar, sobre los labios risueños de Angélica, ese nombre de Coriolani, que le quemaba el corazon, Celeste hacia un sueño.

Este sueño se revela con tres palabras:

¡Nobleza, esplendor, riqueza!

Era una hermosa noche de otoño, tranquila y fresca con la brisa de la mar.

De pronto, los ojos de Julian y de Celeste se arrancaron al propio tiempo de la contemplación que los absorbia. Un relámpago acababa de deslumbrarlos, de improviso.

Habia algo que brillaba en la cumbre del montecillo, cortado á pico por el camino de Monteleone.

Este montecillo se dibujaba en negro sobre el cielo teñido de carmin. La maleza, desprendida y calada, como un encaje, formaba como una franja encima de la cresta de la colina. Sobre ella, se balanceaban á la brisa, como esas sombras chinescas recortadas, las ramas de las encinas, ó el pesado follage de los sauces.

Adivinábase detrás de la colina esa luz rosada, que iluminaba tan vivamente la azotea, en donde Loredano y su hermana se sonreían contemplando tan hermoso cielo.

Del seno de la maleza era de donde habia brotado el relámpago.

Un resplandor rojizo y fugitivo, semejante al *cardillo* que los niños traviesos envían á lo lejos por medio de un espejo.

Celeste y Julian miraron al mismo tiempo el punto de donde el resplandor habia partido.

No percibieron al principio mas que un imperceptible movimiento en la maleza. Este movimiento debia escaparse á los jóvenes sentados en la azotea, á causa del brillo del cielo, que contrastaba con la sombra en que el montecillo estaba envuelto.

Mirando mejor, Celeste creyó descubrir como una cabeza humana, entre las sombras del montecillo. Casi inmediatamente despues, brotó de entre la maleza un segundo relámpago.

Julian dijo:

—Te acuerdas de aquel cazador de Catania, cuyo fusil de dos cañones parecia de lejos una línea de fuego entre el bosque.... Estaba mas elevado que nosotros.... El sol que nosotros no podíamos ver, daba de lleno en su arma de abajo á arriba.....

—Allí hay dos hombres! le interrumpió Celeste.

Julian no prosiguió su explicacion científica.

Se puso la mano formando visera encima de los ojos.

—Dos hombres armados!..... murmuró.

Celeste se sintió estremecer sin saber por qué.

Miraba con todo el poder de sus ojos, y podia distinguir dos bultos de hombre, medio saliendo de entre la maleza.

—Qué podrán hacer en ese lugar los cazadores? se preguntaba á sí mismo Julian.

De los dos hombres, el que estaba más adelante, se detenía con una mano de un tronco de encina, para no resbalar por la pendiente.

El otro se había acostado boca abajo, y parecía aguardar que su compañero hubiera escogido su sitio.

—Esos no son cazadores! dijo Celeste, que tenía la frente inundada de sudor.

Paseó en torno suyo una mirada de agonía, y vió las carabinas de los gendarmes á sus piés.

Julian se había levantado.

Celeste le cerró la boca con su mano.

—No llares! le mandó ella en voz baja, y con una calma estraña. Los lacayos y los gendarmes están en la mesa. Han dejado sus armas fuera.... Siento que dentro de un segundo, todo socorro será inútil...

La frente de Julian se cubría también de sudor.

Un tercer relámpago brilló entre la maleza.

Era el más avanzado de los dos supuestos cazadores, que había logrado tomar su aplomo, y que tendía su arma apuntando.

No había, pues, que dudar. Los dos pretendidos cazadores apuntaban hácia la azotea.

Eran asesinos!

Loredano y Angélica tenían sus vasos en las manos, y se sonreían platicando.

Celeste había tenido razón en cerrar la boca de su hermano. Un grito debía perderlo todo. He aquí por qué: entre el grito y la llegada de la escolta, debía transcurrir un minuto—un minuto, cada uno de cuyos segundos debía bastar para cometer el crimen!

Julian, desfallecido, se apoyaba contra la reja.

—Si pudiera poner—murmuraba—mi pecho frente al suyo!

—Puedes hacer otra cosa mejor! dijo Celeste, que estaba pálida, pero que no te mblaba.

Empuñó al propio tiempo, por entre los claros del enrejado, el cañon de una carabina.

Puso el arma entre las manos de Julian, y concluyó con voz firme:

—Mátalos!

El jóven seminarista experimentó como un vértigo!

Una tercera figura se dibujó entre las yerbas, en medio de las sombras que se iban condensando. Esta no tenía fusil. Se vió que golpeaba sus manos una contra otra.

Era una señal sin duda.

—Matar á un hombre.... yo! murmuró Julian, cuyas piernas, demasiado débiles, no sostenían ya el peso de su cuerpo.

La sombra había golpeado dos veces sus manos.

—Si no te atreves, daca! exclamó Celeste, que tenía la cabeza más erguida que él en aquel momento.

Le arrancó la carabina de las manos, y apoyó el cañon contra uno de los barrotes del enrejado.

En el instante mismo en que la sombra daba la tercer señal, disparó la carabina que tenía entre sus manos. Celeste.

Un segundo tiro respondió al suyo, como un eco, en la cumbre del montecillo.

Loredano se dejó caer entre los brazos de su hermana, mientras que el arma se escapaba de las manos de Celeste, y ella misma se desmayaba sobre el seno de Julian.

En lo alto de la colina, una forma humana se levantó, derecha, sobre la maleza. Por un instante se vió su perfil destacarse en negro sobre el fondo más claro del cielo.

Luego la figura vaciló, y un hombre cayó muerto, cabeza abajo, sobre el polvo del camino, á cincuenta pasos de la reja del jardín.

Este hombre no había disparado. Los gendarmes y los lacayos, atraídos por el ruido de la doble detonacion, hallaron junto á él su carabina todavía cargada.

Sus dos compañeros, el otro asesino, y la sombra que había dado las tres señales, desaparecieron como por encantó.

Loredano tenía una herida en la espalda.

Julian pensaba, fijando sus ojos ardientes sobre Angélica, que le tenía entre sus brazos:

—Al precio de mi vida quisiera estar en su lugar!

Antes de caer desvanecida, Celeste había visto á la jóven condesa recibiendo en sus brazos á Loredano; y su corazón había murmurado:

—No es á él á quien he salvado!

En este momento las campanas del Corpo-Santo comenzaron á doblar.

Y pocos instantes despues, del fondo del valle del Martorello, subió el ruido de una explosion, semejante al trueno lejano de un cañon de grueso calibre.

El crepúsculo había terminado: las sombras eran espesas. La escolta, inquieta, se había reunido en el patio. Cada cual se preguntaba, qué era lo que pasaba allí aquella noche!

Sobre la azotea, una muger á quien nadie había visto entrar, se apareció de pronto detrás del grupo formado por Loredano y su hermana, que habían despedido á Pietro y sus criados, que acudieran solícitos.

La herida de Loredano era ligera. Ya había recobrado el sentido.

Esa muger, esa aparicion, tenía un vestido blanco, y luengos cabellos negros flotaban bajo un velo, en torno de su frente pálida.

Se detuvo en el extremo de la azotea.

Se vió su mano tenderse hácia las torres lejanas del conyento. Se la oyó que decía:

—Los hijos de Doria son bellos.... En dónde están los hijos de Monteleone?.....

Luego, con una voz sonora, añadió:

—Oís los clamores de esas campanas?..... Pronto, pronto, la silla á los caballos!..... La muerte está aquí..... está en estos alrededores..... La sombra está llena de puñales del Silencio!..... Es la noche del 15 de Octubre!!.....

X.

LA MISA A LAS DIEZ DE LA NOCHE.

MANUEL marchaba por el valle desierto, cuando oyó la doble detonación.

Ni siquiera volvió la cabeza.

Cuando el lúgubre clamoreo de las campanas llegó hasta él, se descubrió la cabeza, é hizo la señal de la cruz.

Mas tarde, cuando esa gran detonación hizo estremecer el suelo bajo sus piés, apresuró el paso.

—Es la noche del 15 de Octubre—decía él también—oran cumpliendo la última voluntad de los muertos.

La oscuridad era completa cuando llegó á las ruinas!

No hizo como Athol, nuestro aventurero, que habia buscado tanto

tiempo. Los recuerdos le guiaban por entre aquel laberinto de escombros, hundidos bajo la yerba.

Marchó en derechura hácia el montecillo en donde Athol habia visto por primera vez á la muger vestida de blanco.

Su corazón latía con mucha fuerza, y su voz era temblorosa y conmovida, cuando se hablaba á sí mismo.

Pero si un rayo de luz hubiera iluminado de pronto aquellas tinieblas, habríais visto la esperanza animando aquel humilde y honrado rostro.

—Sí, sí! se decía á sí mismo; tan nobles y tan ricos!.... Será necesario hacer cuentas.... lo que falta á los unos, los otros lo tienen de sobra..... Yo sabia bien que el maestro habia pensado en todo antes de morir.....

Al llegar á la colinita, plantó en tierra su pala, y empuñó el pico.

—Riquezas, esplendor.... nobleza! pronunció, dando á pesar suyo un acento solemne á su voz; todo está ahí dentro!

Pero un grito de asombro se escapó de su pecho, cuando vió delante de sí un agujero abierto y oscuro.

—Han venido! exclamó; quién ha venido?

Entró bruscamente á aquel retrete, cuya pueria habia atravesado Athol lleno de respetuoso recogimiento

Habia adentro un olor de pólvora muy pronunciado.

La luna, que se habia ocultado detrás de una nube, mostró su argentado disco, cuyos rayos penetraron, por la abertura, al gabinete.

El retrete se llenó, de pronto, de luz.

No habia absolutamente ninguna humedad, porque el pabellon, ademas de ser todo de mármol, estaba construido sobre una bóveda.

Era un retrete bellissimo, construido conforme al estilo italiano moderno.

Las paredes, adornadas con ligeras guirnaldas de mosaico, conservaban una singular frescura.

Parecía que el artista acababa de dar la última mano á los adornos.

Como no habia pinturas, ni dorados, nada habia sufrido.

Solo las telas que cubrian los lechos, y la gasa de las cortinas, estaban deslabazadas y marchitas.

Causaba cierta impresion estraña ver aquellos girones envejecidos y húmedos, en medio de la sobria opulencia de las paredes!

Un lecho nupcial y dos cunas, ya lo hemos dicho, formaban todo el mueblaje de aquel aposento.

La impresion que todo aquello produjo en Manuel, fué tanto mas violenta, cuanto habia sido tardía.

Cayó de rodillas, y sus ojos se inundaron de lágrimas!